

BÁRB.—Tanto como temo á los ciegos que la ejecutan.

HORAC.—Indagaciones recientes nos han revelado al matador de vuestro esposo. Capitán, sois culpable.

LEONARDO.—Vos lo decís y basta.

BÁRB.—Falso, falso... Yo soy la única culpable.

HORAC.—Señora, por salvarle os acusáis... ¡Hermosa abnegación!

BÁRB.—No es abnegación... es la verdad.

LEONARDO.—(Con entereza.) La verdad he dicho. El culpable soy yo.

HORAC.—Os creo, Capitán; creo en vuestra culpa.

BÁRB.—(Consternada, suplicante.) Horacio, compadéceme. Quiero su libertad, la pido, la reclamo.

HORAC.—La tendréis... Calmaos. Soy vuestro mejor amigo. Confíad en mí. (A Leonardo.) Daos preso. (Leonardo saca su espada para entregarla.)

BÁRB.—(Con grande aflicción.) ¡Quiero su vida... que es mi vida!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Explanada entre el palacio de la Intendencia y el jardín de Horacio.

Dan sombra á la escena corpulentos pinos, que se extienden hasta un término lejano formando bosque.—A la izquierda, la Intendencia, de estilo Renacimiento, con pórtico saliente y doble escalinata: una de las ramas de ésta se desarrolla frente al público. En primer término, junto á la Intendencia, un edificio estrecho, de estilo normando, con una sola puerta, reforzada de hierros: es la cárcel.—A la derecha, en un muro adornado con bajo-relieves de la antigüedad helénica, la puerta del jardín de Horacio. Rosales trepadores plantados dentro extienden sus ramas floridas por el caballete.—Hacia el fondo, á la derecha, en una clara del Pinar, se ven las ruínas del templo de Ceres.—A mayor distancia, por entre los troncos de pinos, se divisa la ciudad de Siracusa, y tras ella una faja de mar.—En primer término, frente al jardín de Horacio, un banco de piedra. Es pleno día.

ESCENA PRIMERA

SILVIO, EL CONTADOR DE LA INTENDENCIA, EL COMISARIO DE MONTES, EL VISITADOR GENERAL, que salen del palacio de la Intendencia; después ESOPPO. Oyese rumor lejano de alegría popular.

CONTADOR.—(Mirando á la ciudad.) Veloz como el rayo corre la noticia por toda Siracusa.

COMISARIO.—Y según el parte, fué la más descomunal batalla que ha visto Europa.

SILVIO.—Feroz pelea entre titanes.

VISITADOR.—Repetid, querido abate, pues ya lo olvidé, el nombre de ese pueblo glorioso.

SILVIO.—Waterlío.

LOS TRES.—(Repitiendo con acento solemne.) ¡Waterlío...!

CONTAD.—Horacio estará contentísimo.

SILVIO.—Como que este suceso viene á dar realidad á sus ideas. Dice Horacio... (Agrúpanse los tres, ansiosos de oírle) que la caída del coloso cambiará la faz del mundo.

COMISAR.—Que todo volverá al estado primero, ¡justo!

SILVIO.—Que en las naciones europeas, hombres y cosas serán lo que fueron antes de la funestísima Revolución francesa. (Asienten todos con aspavientos.)

ESOP.—(Sofocado, por el foro: trae en el cinto un manajo de llaves.) Por mi bendita madre, que hacía falta este Waterlío... falta hacía... para quitar penas. El mundo es cada día más triste. (Se limpia el sudor de la frente.)

SILVIO.—Esopo, ¿has comunicado todas las órdenes?

ESOP.—Si hablaran mis piernas, os dirían lo que han corrido. Orden al puerto para que empavesen los barcos; orden á la Ciudadela para que hagan salvas; orden á frailes y monjas para que repiquen las campanas; orden á la Santísima Catedral para que se cante el *Te Deum*...

SILVIO.—Falta la orden al Síndico para que mande poner en cada plaza un tonel de vino.

ESOP.—(Con viveza.) Por Baco y sus pellejos, esa orden no me dís-teis.

SILVIO.—Creí que la adivinabas, que la presentías.

CONTAD.—Ya estás andando, buen Esopo.

VISITAD.—¡Alegría pública, vino libre!

ESOP.—El hombre solitario no se alegra con el pueblo.

COMISAR.—En tu casa te alegras tú.

ESOP.—En mi cueva celebro yo la paz de Europa. (Flemático, dirigiéndose á la puerta de las prisiones.)

CONTAD.—Clavero de la cárcel, el gemir de los presos arrulla tus borracheras. (Esopo abre; recoge una cesta, que alguien le da desde dentro, y vuelve á cerrar.)

SILVIO.—(Impaciente.) Pero esa orden... ¿A qué esperas?

ESOP.—(Con calma y acritud.) De paso tengo que hacer mis provisiones. Piernas, volad. (Vase sin prisa, canturriando una canción triste.)

SILVIO.—No descuidarse, amigos. Horacio ha dispuesto que al *Te Deum* asista el personal completo de la Intendencia, Magistratura, Policía, Recaudación, Clases sedentarias.

VISITAD.—De gran gala.

CONTAD.—De rigurosa etiqueta.

SILVIO.—Naturalmente. Cada cual se vista con su mejor ropita... Encargad á todos que no olviden ponerse cuantas cruces tengan á mano, así extranjeras como nacionales.

COMISAR.—¿Y el que no las posea, ó las haya... extraviado?

SILVIO.—Que las supla ó las imite con medallas religiosas de las más lucidas. Vaya, no hay que perder tiempo. A las once, aquí todo el mundo. (Se dirige al jardín.)

LOS TRES.—Vámonos, vámonos... (Vanse por el foro izquierda. Aparece Bárbara por el foro derecha.)

ESCENA II

BÁRBARA, CORNELIA, ROSINA.

BÁRB.—(Llamando.) ¡Silvio, abate Silvio! (Este no la oye y entra en el jardín.)

CORNEL.—No te ha oído.

BÁRB.—Locos andan todos aquí con eso de Waterlío. (A Rosina.) Vuélvete á las ruínas. Alimentadme vosotras la hoguera; observad los colores de la llama y los giros del humo... Busca el brezo rojo y la anémona silvestre.

ROSINA.—Allí los hay. (Recoge flores silvestres entre los pinos.)

CORNEL.—Hiciste voto de no acercarte más á estos lugares tristes, y ya estás otra vez frente al odioso caserón de la Justicia.

BÁRB.—La Justicia me aterra y me atrae. Aquí vengo sin querer venir. (Señalando la puerta baja de la izquierda.) Esta puerta guardada de tantos hierros, conduce á la prisión de Leonardo... Allí reside el execrable Tribunal que le ha sentenciado, y aquí... (Señala á la derecha.) Este es el jardín de Horacio, de la esfinge, á quien he pedido una solución sin obtener respuesta.

CORNEL.—(Cariñosa.) Bárbara querida, vuelve tus ojos al Dios de Misericordia y de Justicia, pidiéndole...

BÁRB.—A ese Dios, y á todos los dioses pido, y ninguno me escucha.

CORNEL.—¿Y crees que esos ritos supersticiosos, esas hogueras en altares rotos, olvidados, te revelarán el porvenir obscuro?

BÁRB.—Creo y no creo...

ROSINA.—(Vuelve, mostrando unas matas.) ¿Es esto, señora?

BÁRB.—Sí. Cuando la hoguera esté muy viva, echaremos en ella rosas deshojadas... ¿No hay por aquí rosas? (Mirando á las enredaderas del muro. Abrese la puerta del jardín, y aparece Horacio. Trae en la mano un gran ramo de rosas.)

ESCENA III

Los mismos.—HORACIO.

BÁRB.—(Asombrada de verle.) ¡Horacio!

HORAC.—Rosas hay; pero éstas no son para el fuego.

BÁRB.—¿Sabías...?

HORAC.—(Bondadoso.) El tirano todo lo ve, todo lo oye y todo lo sabe.

BÁRB.—(A Horacio.) Tu semblante risueño, tus palabras dulces, me parecen de feliz augurio. ¿Puedo esperar...? ¿Es ya ocasión de que me digas tus condiciones...?

HORAC.—Ocasión es, señora... He salido á buscaros...

BÁRB.—¿Quieres que vayamos á Castel-Términi?

HORAC.—Dispongo de poco tiempo... Hablaremos aquí.

CORNEL.—(Aparte á Rosina.) Estorbamos... (Se van por el fondo.)

ESCENA IV

BÁRBARA, HORACIO.

HORAC.—Sentaos aquí, señora. (Le señala el banco de mármol.) Y antes que yo tenga el honor de sentarme á vuestro lado, dignaos aceptar estas rosas, que para vos he cogido en mi jardín. Son de rosales traídos de Jerusalén, y plantados aquí por mi propia mano.

BÁRB.—(Recelosa, deteniendo su mano al intentar coger el ramo.) ¡De Jerusalén!

HORAC.—Del lugar sagrado que vió la pasión y muerte de Nuestro Redentor. (Bárbara no se decide á coger el ramo.) Tomadlas sin recelo.

BÁRB.—(Con lentitud.) Del Redentor... sí, sí. (Coge al fin las rosas.)

HORAC.—He procurado quitarles las espinas; pero alguna quedará

tal vez que se clave en vuestros dedos y os cause un leve dolor... y la pérdida de una gota de vuestra preciosa sangre... Pero eso no es nada...

BÁRB.—¡Qué hermosas son!... ¡y qué rica fragancia!... Si estas flores significan tu conformidad con mis deseos, aunque me impongas algún sacrificio, bendito seas, Horacio.

HORAC.—Vuelvo á deciroslo: yo miro siempre á vuestro bien, á vuestra paz.

BÁRB.—Pues mi paz y mi bien sólo puedes conseguirlos declarando inocente á Leonardo y poniéndole en libertad.

HORAC.—Ya sabéis que el Tribunal le ha sentenciado...

BÁRB.—Entre nosotros, que bien nos conocemos, no significan nada esas sentencias terroríficas. En una de tus manos está la muerte, en otra la vida.

HORAC.—Aunque así sea, señora... yo me atrevo á preguntaros: ¿por qué dais tanto valor á la libertad de ese hombre, un loco, un místico, que os haría más desgraciada?...

BÁRB.—Sobre esto no admito razonamientos. Quiero su libertad, quiero su vida. Si él es místico, yo también, á mi modo... Hablemos con toda claridad: sabiendo, como sabes, la verdad de aquel terrible suceso, ¿por qué no persigues al verdadero criminal hasta sacarlo á luz y darle el castigo que merece...?

HORAC.—Porque eso sería sacrificar la Justicia eficaz á la Justicia abstracta, y alterar sin ningún resultado práctico la armonía de las cosas.

BÁRB.—¿Y qué entiendes por armonía de las cosas?

HORAC.—El sostener hechos y personas en el estado que toman por sí, con la espontaneidad de su propio destino. Una larga experiencia me ha enseñado el fundamental principio de todo gobierno.

BÁRB.—¿Cuál es?

HORAC.—Conducir los sucesos con el arte necesario para que las cosas estén siempre donde estuvieron... Ya habéis visto que me pedían reformas y más reformas... «Que todo está malo y es preciso que esté mejor.» Yo he tenido que hacer reformas, pero de pura apariencia y palabrería... Parece que he reformado y no es verdad. Todo es como fué.

BÁRB.—(Reflexiva.) ¡Volver siempre al estado primero! ¿Y cuando los sucesos se van á donde quieren?

HORAC.—Se les tuerce, se les encarrila... para que tornen á su principio... Ya veis: la Historia misma me da la razón. Este

Waterlío que hoy celebramos no es más que el grito de un mundo que dice: «Quiero ser lo que fui.»

BÁRB.—Sofista, no te valen tus enredos. Por delicadeza, hoy no pensaba yo apelar á tu venalidad... artística. Pues tú lo quieres, allá voy... Pon precio á mis deseos. Ya sabes que poseo obras de arte de mérito extraordinario: tapices persas, cuadros, joyas...

HORAC.—(Vivamente.) No sigáis, señora. Si la armonía que persigo afectase á mi particular interés y á mis gustos de artista, no vacilaría en aceptar. Pero no me habéis comprendido. En este caso, Condesa, miro á la armonía vuestra con el mundo, con la sociedad.

BÁRB.—¿Qué quieres decir? ¿Qué armonías son esas? (Sublevándose con impetu altanero se levanta, conservando en su mano el ramo.) No más, no más, diablo de la Justicia.

HORAC.—Calma, señora mía, calma: os lo suplico.

BÁRB.—Concluye... Quiero una palabra seca, terminante.

HORAC.—La tendréis... ¿Sequedad me pedís? Pues... la libertad de Leonardo habéis de comprármela con vuestra libertad.

BÁRB.—(Echándose atrás.) ¡Con la mía!

HORAC.—(Refinado y sutil.) Con parte de la vuestra... porque, en rigor, sólo perderéis vuestra libertad en lo formal y externo. ¿Queréis que os lo explique mejor, ó me habéis entendido ya?

BÁRB.—Entiendo, sí. En suma, el precio de tu misericordia es... que yo contraiga segundas nupcias.

HORAC.—Sí, señora. Mis condiciones, ya lo veis, se inspiran en la idea de vuestro bienestar.

BÁRB.—¡Casarme... que me case! (Airada.) ¿Y con quién?... No, no y no.

HORAC.—Lo siento por vos. No podré evitaros una pena hondísima.

BÁRB.—¿Y es condición indispensable para que Leonardo...?

HORAC.—(Con firmeza categórica.) Absolutamente indispensable, señora Condesa.

BÁRB.—¡Horacio! (Pasando del enojo á la consternación.) Horacio... sé generoso; no tritures mi corazón debajo de esa piedra de molino, debajo de tu horrible poder. ¿Qué daño te hice para atormentarme así? ¿Y quién es, quién, dímelo pronto, ese otro diablo, ese otro diablo con quien quieres unirme? ¿Y qué razón hay para eso? Alguna razón habrá... dímela pronto.

HORAC.—(Patético.) Llorad, Condesa, llorad por vos dolorida, por mí justiciero... (Aparece Silvio presuroso por la puerta del jardín de Horacio.)

ESCENA V

BÁRBARA, HORACIO, SILVIO.

SILVIO.—(Avanzando.) Señor, Demetrio Paleólogo ha regresado de Palermo.

BÁRB.—(A media voz, casi sin aliento.) Demetrio... el hermano... de...

HORAC.—¿No le recordáis?

BÁRB.—(Absorta, como aielada.) No... no le conozco...

HORAC.—¿Viene contento?

SILVIO.—Su Majestad ha colmado de obsequios y honores á su amigo ilustre; le ha concedido el título de Príncipe de Candía.

HORAC.—Habréis adivinado, gran señora, que es mi propósito hacer os Princesa de Candía.

BÁRB.—(Sublevándose, altanera.) ¡Oh! burla es ésta cínica y malvada. (Apártase velozmente de Horacio.)

HORAC.—(Inmóvil.) Reflexionad.

BÁRB.—(Fuera de sí, frente á Horacio y á bastante distancia.) ¡Villano! (Arroja al suelo con fuerza el ramo de rosas.) Mira, mira cómo te contesto. (Pisotea con furia el ramo.) ¿Ves lo que hago con tus rosas? Lo mismo haría contigo... contigo lo mismo. (Marcando cada pisotón con una palabra airada.) ¡Vil... renegado... verdugo!

HORAC.—Injusta sois. (Sin perder ni un momento su serenidad.)

BÁRB.—Apártate de mí; vete... déjame. (Pausa. Hace Horacio una gran reverencia y se retira hacia su jardín.)

SILVIO.—(Aparte á Horacio, asustado.) Furibunda está, señor... es una leona.

HORAC.—(Benévolo, calmoso.) Sus dioses la convertirán en mansa cordera. (Vanse por el jardín.)

ESCENA VI

BÁRBARA, ESOPPO.

BÁRB.—(Dirigiendo sus imprecaciones al jardín de Horacio.) Traficante en vidas, en muertes; chalán de estatuas, de honras... (Con gran agitación recorre la escena.) Escribiré al Rey... Pero ya será tar-

de. Fatalidad, tiempo, ¿por qué os habéis unido contra mí? (Fatigada se sienta en el banco. Oyese el canto triste de Esopo que aparece por el fondo. Diríjese á las prisiones; trae colgado del brazo el cesto con víveres y botellas, Bárbara, animándose al oírle, le sale al paso.) ¡Esopo...!

ESOPO. —¿Qué mandáis, señora? (Su embriaguez tétrica no turba completamente sus facultades ni le priva por entero de la seguridad del paso.)

BÁRB. —Tengo que hablarte.

ESOPO. —Aquí tenéis mis oídos. Echad en ellos lo que queráis. (Deja la cesta en el suelo.)

BÁRB. —(Queriendo congraciarse.) ¿Llevas ahí tu comida?

ESOPO. —(Alzando los brazos.) ¡Waterlío!

BÁRB. —¿Qué quieres decir con Waterlío?

ESOPO. —Que hemos de celebrar el gran suceso por el cual todo el mundo volverá á ser lo que fué. El mundo da vueltas (Gira sobre sí mismo y se para ante Bárbara), y vuelve á estar donde estaba.

BÁRB. —(Impaciente.) Deja ahora las vueltas del mundo, y respóndeme: ¿cuándo será llevado á la Ciudadela el capitán Leonardo de Acuña?

ESOPO. —(En el tono habitual de su misantropía.) Sus días acaban aquí esta tarde... Le quedan las horas de la Ciudadela.

BÁRB. —(Sin aliento.) Las horas... de... la Ciudadela.

ESOPO. —Horas largas por ser tristes... cortas por ser contadas.

BÁRB. —¿Y crees tú que... una vez conducido á la Ciudadela... el pobre Capitán...?

ESOPO. —En el foso... ya sabéis... verá el Capitán la cara de la Eternidad... mañana... antes que el sol nos dé los buenos días.

BÁRB. —(Dominando su angustia.) ¿Sabes qué es inocente?

ESOPO. —Más inocente era Jesucristo, y ya sabéis lo que le pasó.

BÁRB. —Te pregunto si crees en la inocencia del Capitán.

ESOPO. —(Llevándose la mano al pecho.) Creo.

BÁRB. —Bien, Esopo. El desdichado Capitán pagará con su vida la culpa de otro, si no le salvamos tú y yo.

ESOPO. —(Asustado.) ¿Yo, señora? ¿Dónde?

BÁRB. —Aquí ó en la Ciudadela, donde sea menos difícil. Tú podrás...

ESOPO. —Ni aquí ni allí podré.

BÁRB. —Esopo; bueno y sencillo Esopo, no me niegues tu auxilio... La recompensa que á tu favor daré será tal, que puedas retirarte á una vida descansada, honrosa, feliz...

ESOPO. —(Apartándose asustado, tembloroso.) Por mi madre santísima, no me tentéis... (Deja la cesta en el primer peldaño de la escalinata.)

BÁRB. —(Mirando á todos lados.) ¿Qué temes? Nadie nos ve ni nos oye. Vente luego á Castel-Términi, y acordaremos...

ESOPO. —(Se aparta más.) No, no. Dejad en paz al hombre solitario.

BÁRB. —(Va tras él; le coge por un brazo; trata de ganar su voluntad, evocando recuerdos de ternura dolorosa.) Oye... ven aquí... desgraciado Esopo. ¿Ya no te acuerdas de la primera vez que me viste? Era yo niña...

ESOPO. —(Secamente, sin mirarla.) Me acuerdo... En Belpasso... al pie del Etna... Allí tenía vuestro padre una villa.

BÁRB. —Paseando una tarde con mi buen padre, vimos un cuadro de inhumanidad y salvajismo que jamás se borrará de mi memoria: vimos á una pobre mujer arrastrada con befa y griterío infernal por una turba de hombrachos feroces, que parecían demonios. Ví sus brazos magullados, sus piernas en carne viva. Mujeres más crueles que los hombres la escupían, le arrojaban lodo y cuanta inmundicia encontraban á mano. La sangre que velaba el rostro de la pobre víctima no me dejaba ver si era hermosa y joven. Después supe que era de mediana edad, bien parecida, y que se llamaba... (No recordando bien.)

ESOPO. —(Con viva emoción durante el relato, la interrumpe sollozando.) Tolemáis... mi madre...

BÁRB. —Detrás de la horrible procesión iba un muchacho, un joven, también vapuleado y escarnecido por mujeres como furias y chiquillos soeces.

ESOPO. —(Cae sentado en la escalinata, y llora.) No sigáis... era yo. Crecí agotada el agua de mis ojos por tanto y tanto como he llorado esa desdicha... y otras... pero no lo está... ya veis... lloro... Mi madre... nació en Egipto. Ya mujer y casada con un griego, vino á Sicilia. Era, por decirlo de una vez, hechicera... pero hechicera honrada que no hacía mal á nadie. (Besando la cruz que hace con los dedos.) ¡Por ésta! Curaba animales y hasta personas cristianas... Hacía bebedizos... con honradez, señora... para encender ó apagar el fuego de amor... Ello es que nos acusaron de robar niños: calumnia y malquerencia de envidiosos, de donde vino el que aquellos perros nos arrastraran...

BÁRB. —No perecisteis aquel día por intercesión mía y de mi padre. Dí, ¿no me lo agradeciste?

ESOP. —Agradecemos, sí... nos alegrábamos de vivir...

BÁRB. —¡Ay, Esopo! Conseguí de mi padre aquel beneficio á fuerza de ruegos... á fuerza de lágrimas... Este rostro que ves... mírame (Asombrado, la mira Esopo), este rostro se ha bañado en llanto por tu madre, por tí... ¿Y no agradeces caridad tan grande?

ESOP. —(Se retira asustado.) Agradezco, señora... el beneficio.

BÁRB. —(Con grande energía.) Pues págamelo... págamelo ahora, ó te tendré por un monstruo de ingratitud.

ESOP. —¡Por mi madre santísima!

BÁRB. —Invócala, invócala, para que no falte en tu alma la compasión.

ESOP. —Mi madre es mi conciencia, mi religión; ella me gobierna y me dice todo lo que tengo que hacer.

BÁRB. —Murió aquella infeliz...

ESOP. —Murió, sí. En el Purgatorio la tenéis, limpiándose de sus culpas, y todas las noches viene á verme, y me dice...

BÁRB. —¡Y crees eso! ¿De veras la ves, la oyes...?

ESOP. —¡Que sí la veo! Su cuerpo y cara son pura ceniza blanca; sus ojos como dos carbones encendidos. Ella me cuenta sus martirios en aquel fuego que nunca se apaga; yo á ella mis amarguras en esta soledad.

BÁRB. —Pues si tu madre es tu conciencia, te habrá dicho que tengas compasión del pobre reo.

ESOP. —(Displicente.) No me ha dicho eso: que no, que no.

BÁRB. —Esopo, amigo, ten piedad. (Queriendo despertar en él la codicia.) Oye, oye. (En voz baja.) A los guardias de aquí, como á los de la Ciudadela, puedes desde luego ofrecer en mi nombre todo el oro que quieran... y á tí... (Afectando jovialidad para ponerse á su nivel.) Oye... sé que te gusta el vino... No me conformaré con darte un tonel del mejor que poseo... Te daré, á más del vino, la viña que lo produce.

ESOP. —(Con cierto embeleso.) ¡La viña!

BÁRB. —¿Te acuerdas de aquella viña de Belpasso? ¡Soberana viña, que da el mejor vino de Sicilia!

ESOP. —(Como en éxtasis, asociando el *Waterlío* á la idea de embriaguez.) ¡Waterlío!

BÁRB. —¡Incomparable licor, que colma de alegría el alma del mortal dichoso que lo bebe!

ESOP. —(Con gran esfuerzo sobre sí para librarse de la sugestión.) No, no... no me tentéis... Tentaciones y malos pensamientos, huid del hombre solitario.

BÁRB. —(Iracunda.) Miserable, ¿qué dices?

ESOP. —Atribulado, invocando al Cielo.) ¡Ampáreme Dios! ¡Madre mía, socórreme!

BÁRB. —Menguado, sé compasivo, y tu madre te bendecirá.

ESOP. —No, no... Mi madre no quiere. (Se golpea el cráneo.) Mi madre no me deja ser compasivo.

BÁRB. —¡Imbécil!

ESOP. —Mi madre no quiere que salve al Capitán.

BÁRB. —¿No has dicho que le crees inocente?

ESOP. —¡Pues por inocente, señora!

BÁRB. —¡Redomado bribón, asesino!

ESOP. —Mi madre ¡por ésta! me ha dicho ayer... echando de sus ojos lágrimas de fuego, que para que acaben sus penas, es preciso... es preciso... ¡por ésta! que mueran en Siracusa, por mano de la justicia, muchos inocentes.

BÁRB. —(Atónita.) ¡Morir la inocencia! ¡Qué repugnante superstición!

ESOP. —Así lo ha determinado Dios... Dios, Dios le ha dicho á mi madre que por cada inocente que aquí muera, le quitará cien años de Purgatorio...

BÁRB. —¡Blasfemo, impío!

ESOP. —Por cada culpable que muera, no le quita más que... tres años.

BÁRB. —¡Bellaco, alma de hiena!

ESOP. —Sangre de inocentes es la que salva... Mi madre lo sabe; vos, que estáis llena de pecados, no sabéis esto. (Coge su cesta para retirarse.) Yo no desobedezco á mi madre... ¡por ésta! Ved por qué no quiero serviros, no quiero... (Alejándose.) En todo cede un hombre; pero en cosas de religión no puede ceder, no... en cosas de religión, no...

BÁRB. —(Horrorizada, á la derecha, viéndole partir.) ¡Inmunda charca llena de podredumbre es tu religión, y tu madre una sabandija del Infierno!

ESOP. —(En la puerta.) En cosas de religión, no. (Suena el primer cañonazo de la salva que anuncia el *Te Deum*. Esopo sufre una sacudida, y exclama con fuerte voz.) ¡Waterlío! (Abrese la puerta por dentro. Entra Esopo canturriando.)

BÁRB. —(Viéndole desaparecer.) Borracho, vuelve á tu soledad tenebrosa... Alguien sale... Es Montanari.

ESCENA VIII

BÁRBARA, MONTANARI; después SILVIO.

- MONTAN. — (En la puerta de la prisión. Viste toga negra, peluca blanca.) Señora, si teméis las impresiones penosas, debéis retiraros.
- BÁRB. — ¿Qué hay, Montanari?
- MONTAN. — Pues no vienen órdenes en contrario, cumplo las que ya se me dieron. Mando al reo á la Ciudadela.
- BÁRB. — (Con grande entereza.) Alma, no me abandonés. Le veré partir. (Colócase á la derecha, segundo término. Sale Silvio del jardín de Horacio.)
- MONTAN. — ¿Hay contraorden, Silvio?
- SILVIO. — No.
- MONTAN. — ¿Ni aplazamiento siquiera?
- SILVIO. — No. (Mirando al interior de la Intendencia, donde se supone que van entrando, por otra parte del edificio, los altos funcionarios que luego se indican.) Ya llegan los señores que se reúnen aquí para asistir al *Te Deum*. (Entra en la Intendencia.)
- BÁRB. — (Observando desde la derecha.) Los primates de la Justicia; el viejo Taormina, Asesor general, y el venerable Selinonté, Limosnero de la Intendencia. (A Montanari, indicándole su deseo de hablarles.) ¿Podré...?
- MONTAN. — No pidáis clemencia á los que ya sentenciaron. A Horacio debéis pedirla.
- BÁRB. — (Señalando las rosas pisoteadas.) He pisoteado al monstruo... Míralo.
- MONTAN. — (Con dulzura.) Dominad vuestra ira. Entendeos con Horacio.
- BÁRB. — Quiero hablar con la Justicia.
- MONTAN. — (Deteniéndola.) Será inútil.
- BÁRB. — (Intentando ganar su voluntad.) Montanari, óyeme...
- MONTAN. — Ahora no. (Compadecido.) Os suplico, señora, que no estéis aquí. (Inquieto, mirando á la izquierda, por donde saldrá Leonardo.)
- BÁRB. — Déjame. Sé mirar mi dolor frente á frente. (De la prisión salen dos guardias; tras ellos, entre otra pareja de guardias, Leonardo. Viste traje civil. Su aspecto es de gran sufrimiento y extenuación.)

ESCENA IX

BÁRBARA, MONTANARI, LEONARDO y GUARDIAS;
después CORNELIA.

- BÁRB. — (Asustada, retrocede á la derecha, de cara á Leonardo.) ¡Leonardo, pobre mártir! (Se detiene la comitiva.) No esperabas verme en tu camino doloroso.
- LEONARDO. — (Con voz apagada.) Caminos floridos ya no hay en el mundo para mí... ni para tí, Bárbara.
- BÁRB. — Entre los santos has querido colocarte.
- LEONARDO. — (Austero y triste.) No aspiro á la santidad. Aspiro á mi redención y á la tuya. (Detiéndose un instante.) Sigue mi ejemplo... No temas el deshonor, ni la ignominia, ni la muerte misma.
- BÁRB. — (Con pasión, protestando.) Muerte no. Amo mi vida y la tuya. La tuya defenderé. No desespero aún.
- LEONARDO. — ¡Pobre alma, ríndete á la verdad!
- BÁRB. — (Valerosa.) No me rindo. Lucharé hasta el fin.
- MONTAN. — (A los guardias.) Seguid.
- LEONARDO. — Adiós. (Suena el segundo cañonazo de la salva. Sigue la comitiva apresurada por el foro.)
- BÁRB. — (En el proscenio, viendo desaparecer á Leonardo.) ¡Oh, iniquidad, sarcasmo de la Justicia!... ¡Inspíreme Dios; inspíradme, deidades del Cielo y de los abismos! (Montanari retrocede y entra en el palacio. Viene Cornelia por el foro.)
- CORNEL. — ¡Hija del alma! ¿Has tenido valor para presenciarse...?
- BÁRB. — Valor tengo: ya lo ves.
- CORNEL. — ¿Qué esperas? Vámonos de aquí. (Empiezan á salir de la Intendencia los personajes que van al *Te Deum*.)
- BÁRB. — No, no: de aquí no me muevo.
- CORNEL. — (Queriendo consolarla.) No pierdas la esperanza. Algún medio habrá...
- BÁRB. — (Mirando á los personajes.) Hay uno, el mejor, el infalible. (Aparecen Taormina, con toga roja, apoyado en el brazo de un Oficial de la Guardia, y Selinonte, en traje episcopal, seguido de dos pajes. Siguen dos curiales, con toga negra y peluca blanca; el Contador, el

Comisario y el Visitador, en traje civil de gala con bandas y cruces; algún militar viejo; guardias. Por el fondo acuden hombres y mujeres del pueblo que se agregan á la procesión.)

ESCENA X

BÁRBARA, CORNELIA, SILVIO, MONTANARI, TAORMINA, SELINONTE,
FUNCIONARIOS DE LOS ÓRDENES JUDICIAL, CIVIL Y MILITAR.

CORNEL.—(Queriendo llevarse á Bárbara.) Hija mía, dejemos pasar esta mascarada.

BÁRB.—(Desprendiéndose de los brazos de Cornelia.) Suéltame. (Avanza al encuentro de la comitiva.) Perdonad, señores, á esta mujer infeliz que os detenga un instante.

MONTAN.—(Imponiéndole discreción con un gesto.) Señora Condesa...

TAORMINA.—(Que apenas ve, pregunta á los que le rodean.) ¿Qué pasa? ¿Quién es?

BÁRB.—Soy yo. ¿No me conoce el noble Marqués de Taormina, el fiel amigo de mi padre? Y vos, Selinonte, amigo y deudo, ¿tampoco me conocéis?

SELINONTE.—Permitidnos... Vamos á la Santa Catedral...

BÁRB.—Sí... ya sé... á dar gracias á Dios por la derrota del Imperio. Ya consideramos la paternal atención con que el Dios Omnipotente oirá vuestras voces graves, las más graves que suenan en el mundo. Hasta nosotros llega el eco que tendréis en la inmensa majestad de los Cielos.

MONTAN.—Señora, dejad paso...

TAORM.—Condesa Bárbara, ¿tenéis algo que pedirnos?

BÁRB.—Os pediría justicia. ¿Pero á qué pedirlo lo que no sabéis dar?

SELINONTE.—Ea, basta ya. Llevadla.

BÁRB.—Una palabra sola. Vos, Selinonte, que representáis un Tribunal más alto, como ministro que sois del que llamamos Dios de Justicia, alzad la voz conmigo para preguntar á estos Jueces la razón de haber condenado á un inocente sabiendo que lo es.

MONTAN.—Señora, respetad...

TAORM.—Respetad, para que no se olvide el respeto que por vuestro linaje merecéis.

BÁRB.—Taormina, han condenado á un inocente sabiendo que lo

es, y vos habéis confirmado la sentencia inicua. Desdecíos, volveos atrás, retirad vuestro nombre ilustre de ese fallo infamante. Vuestras canas, vuestro cuerpo encorvado, que se inclina ya sobre el sepulcro, dicen que pronto habréis de comparecer ante el Juez grande. ¿Qué le diréis, Taormina? No está bien que digáis: «Señor, prevariqué porque el tiranuelo me daba un estipendio con que remediar mi ruina.»

TAORM.—(Con amargura.) Quejas de mujer... intolerables quejas.

SILVIO.—(Aparte á Cornelia.) Llevadla de aquí.

SELINONTE.—(Con ánimo de seguir.) Apartad, señora...

BÁRB.—Un momento, un momento solo, para decir una verdad que ha de esclarecer vuestras conciencias ofuscadas.

MONTAN.—No es ocasión.

BÁRB.—Ocasión es... ¡Grande, fenomenal rareza es para vosotros la verdad!... No sabéis decirla ni escucharla. Pues oidla de mí, oidla de quien conoce mejor que nadie la trágica muerte de Lotario... ¿Sabéis quién mató á Lotario Paleólogo? (Pausa.) Yo. (Suena el tercer cañonazo.)

TAORM.—Llevadla, encerradla...

BÁRB.—(Con fuerte voz, avanzando.) Yo. (Vuélvese en redondo para encarar con todos los presentes.) Yo. (Pausa.) ¿Os asombráis?... Soy la única culpable.

CORNEL.—(Vivamente, sobreponiéndose á la sorpresa.) No es cierto.

TAORM.—No sabéis lo que decís, desventurada.

BÁRB.—¿Pero no me creéis? ¿Ni aun acusándome me creéis?

SELINONTE.—Yo sostengo que no decís la verdad.

BÁRB.—La repetiré, agregando las más graves imputaciones de mí misma. Dí muerte á Lotario porque le aborrecía. No quiero atenuar la gravedad de mi delito. El hombre que habéis condenado es inocente. Aquella noche no estaba en Siracusa.

TAORM.—Señora, permitidme deciros que vuestro juicio está turbado.

BÁRB.—(Fuera de sí.) ¿Pero estáis ciegos, ó he de dudar de que hay Dios en los Cielos, de que es la tierra este suelo que piso?

MONTAN.—No creemos lo que decís.

BÁRB.—¿Dudaréis de este sol que nos alumbra? ¿No creéis que yo, yo sola, dí muerte á Lotario?

TODOS.—No.

BÁRB.—¿Creéis que le mató Leonardo?

TODOS.—Sí.

BÁRB.—(Frenética.) Pues yo niego lo que afirmáis, y afirmo lo que ponéis en duda.

TAORM.—El Tribunal que supo apreciar la verdad de los hechos, aprecia en este instante la verdad de vuestra demencia. Oidme, señores ilustres, la explicación de este desvarío. Inocente es la Condesa del crimen que confesó Leonardo; pero es culpable de la flaqueza de amor.

BÁRB.—¿Qué dice?

TAORM.—Amáis al criminal... Pero éste es un delito no comprendido en el fuero de la ley. (Desfilan lentamente.)

SELINONTE.—Se acusa por salvar al verdadero culpable. (Con admiración, pasando junto á Bárbara.) Inaudito caso de sacrificio por el amor... Vuestro mentir, señora, es un bello mentir, más propio para ser tratado por los poetas que por los Jueces.

CONTAD.—¡Delirio de abnegación! (Avanza la comitiva hacia la derecha, y se interna por detrás del jardín de Horacio.)

SELINONTE.—No es delito el amor que ofrece su vida por la ajena.

TAORM.—Amor exaltado es ese... amor digno de admiración, no de castigo.

BÁRB.—(Viéndoles desfilan.) ¡Jueces falsos...! ¡sacerdotes de la mentira! ¡Me creen demasiado buena... me creen heroína! (Con nuevo arrebató quiere soltarse de los brazos de Cornelia.) Déjame... quiero ir tras ellos. (La comitiva va desapareciendo. El pueblo la sigue.)

CORNEL.—(Conteniéndola.) No... ¿Qué intentas?

BÁRB.—Quiero, quiero... la única venganza que puedo tomar de esos despreciables maniqués... Quiero arrancar de esos pechos envilecidos todos los emblemas creados para premiar la virtud y el honor: cruces, bandas, collares. Quiero que caiga al suelo esa quincalla, adorno de los corazones corrompidos... al suelo, sí, para que pueda yo pisotearla á mi gusto... (Suena el cuarto cañonazo. Aparece Horacio por la puerta de su jardín.)

ESCENA XI

BÁRBARA, CORNELIA, HORACIO; después DEMETRIO.

HORAC.—Señora...

BÁRB.—(Acudiendo á él consternada.) Horacio... me acusé. No me han creído.

HORAC.—Ni os creerán. Previsto estaba todo.

BÁRB.—Quise corromper á tus sicarios... nada conseguí.

HORAC.—Cuanto intentéis será inútil. Aceptad, señora...

BÁRB.—(Poseída de frenesí, agarrando convulsivamente los brazos de Horacio.) Tú, falsario, dijiste á los Jueces que soy una mujer heroína, que yo me acusaba para salvar á un inocente. ¡Mentira! Corre, Horacio, corre; diles la verdad. Criminal soy. Dios lo sabe: díselo tú á los hombres. Que me condenen á muerte... que muramos los dos.

HORAC.—¡Absurdo! Fuera de lo que os propuse, no hay solución.

BÁRB.—¿No existe aquí más poder que tú?

HORAC.—No hay más poder que el mío.

BÁRB.—Tú eres la Justicia, tú eres la Ley.

HORAC.—Yo soy todo.

BÁRB.—(Cae de rodillas con súbito desfallecimiento. Permanece agarrada á los brazos de Horacio.) ¡Ay... triste de mí!... No puedo más. Estoy muerta. En el límite del padecer humano, me entrego al Destino... me entrego á tí.

HORAC.—(La levanta tirando de sus brazos suavemente.) Rendíos... Descansad en mí.

BÁRB.—(Casi sin aliento.) Acepto... tu trato... acepto. Diablo del Paganismo, del Cristianismo, de toda creencia en que hay demonios, tráeme... tráeme á ese hombre...

HORAC.—Es bueno, es sencillo...

BÁRB.—Aunque su fealdad exceda á la de la jimia, y su fiereza á la del león, seré... seré su esposa, seré su víctima. No es Demetrio, no. Tú, espíritu infernal y justiciero, has resucitado á Lotario para mi castigo.

HORAC.—Desechad, señora, esas ideas. Os doy la vida, la paz. (Bárbara, agarrada á los brazos de Horacio, oculta entre ellos el rostro. Aparece Demetrio en la puerta del jardín: detiéndose allí. Horacio con un gesto le manda avanzar.) Vedle aquí. (Suena el quinto cañonazo.)

BÁRB.—(Al levantar el rostro y ver á Demetrio, se estremece.) ¡Es él! (Retrocede aterrada, sin quitar de él los ojos. Horacio contiene á Demetrio, que intenta ir tras ella. Ambos permanecen perplejos en el prosencio derecha.) ¡Lotario vivo!... (Busca las vueltas entre los pinos para alejarse.) No me toques. (Trémula, medrosa.) Vuelve al charco de sangre, bárbaro, verdugo mío... No volveré á ser tuya... Te aborrezco... ¡Tuya nunca, nunca! (Da un grito y desaparece en la selva de pinos. Cornelia va tras ella. Mudos y consternados, la siguen con la vista Horacio y Demetrio.)

FIN DEL ACTO TERCERO